

copulativo *und* («y») que le quita dramatismo; curiosamente, la coordinación que prefiere el traductor es más usual en castellano que en alemán. Las transgresiones mayores, por su parte, suelen ser intentos válidos de traducir el sentido (tan difícil de descifrar a veces en Vallejo) por encima de la letra.

Con respecto al trabajo crítico del editor, altamente informativo, me permito sugerir dos mínimas correcciones: el largo «Himno a los voluntarios de la República» (t. 1, poesía I) contiene la palabra *cuadrumano*, mencionada en una nota como invento de Vallejo y descompuesta en *cuatro* y *humano* (p. 74). En realidad es un término mucho más antiguo, y deriva de *cuadro* y *mano*. En *Trilce*, el neologismo *horizontizante* no está formado solamente por *horizonte* y el sufijo adjetivador *-ante* (t. 3, p. 197 sobre la poesía LXX) sino que la derivación implica también el uso del sufijo verbalizador *-izar* (*horizonte* > *horizontizar* > *horizontizante*).

Litterae, Revista de la Asociación de Exalumnos, Bogotá: Seminario Andrés Bello, n° 8/1999, 424 pp.

Este número de la revista colombiana es, además de colección de

estudios científicos, una celebración de los primeros cuarenta años (1958-98) del meritorio Seminario perteneciente al Instituto Caro y Cuervo. Dicho Seminario se fundó, por acuerdo entre este Instituto y la OEA, para fomentar la docencia superior de la filología y la lingüística hispanoamericanas. Su primer decano fue el conocido filólogo Félix Restrepo, S. J., quien también llegó a presidir la Academia Colombiana de la Lengua. Desde 1979 el Seminario Andrés Bello ofrece un programa de magíster en dos modalidades: lingüística española y literatura hispanoamericana.

Ambas vertientes aparecen reflejadas en la revista. En sus «Notas sobre la participación de la lingüística en el quehacer lexicográfico», Irma Caraballo Martínez señala en detalle los sectores de la lexicografía en los que no es posible trabajar sin una buena base lingüística. Con «Un fenómeno lingüístico en la gramática de don Andrés Bello», Mireya Cisneros Estupiñán muestra que el gran venezolano, al tratar el sistema pronominal y el verbal, relega al ámbito de las vulgaridades el empleo del *vos* y de las otras formas colombianas de segunda persona singular: *su mercé* y *su persona*. Las «Notas de presentación del libro *Los semihablantes bilingües: habilidad e interacción comunicativas*», de Julio Escamilla Morales sobre el libro de Yolanda Rodrí-

guez, hacen hincapié en la necesidad, indicada por Rodríguez, de distinguir distintos niveles de bilingüismo: cinco en el caso de los hablantes de wayúunaiki de la Guajira. La misma Yolanda Rodríguez contribuye con un artículo sobre los «Marcadores discursivos en el habla de Barranquilla», provisto de una excelente taxonomía de los mismos: marcadores apelativos como *mijita*, evaluativos como *¡no joda!*, de apertura del discurso como *mira*, de recapitulación como *total*, veredictivos como *la verdá*, de continuidad del discurso como *bueno* (que también puede tener otras funciones, como la de marcar el cierre del discurso), metalingüísticos, por ej. *cómo te diría*, etc. En la línea literaria figuran contribuciones como «El teatro religioso en México en el siglo XVI», de Manuel A. Arango, «Tradición carnavalesca en el teatro colombiano», de Lilian Bernal R., «La figura del Sosia como hipotexto en dos novelas de Germán Espinosa», etc.

Dos artículos se ocupan de las bases biológicas del lenguaje. En «Origen del lenguaje y origen del habla», María C. González R. lamenta el desinterés en que ha caído este tema y presenta un buen resumen ilustrado de los fundamentos fisiológicos de dicho origen (especialmente del habla). El otro artículo versa sobre «El surgimiento de la neurolingüística»; sus auto-

ras, Luz A. Fajardo U. y Constanza Moya P., publicaron por las mismas fechas un librito de 109 pp. titulado *Fundamentos neuropsicológicos del lenguaje* (coedición de la Universidad de Salamanca y el Instituto Caro y Cuervo, 1999). El libro es una excelente introducción al tema, escrita en lenguaje claro y con bibliografía actual, que seguramente alcanzará una amplia difusión a nivel universitario. El capítulo I del libro está dedicado casi en su totalidad al mismo tema del artículo de *Litterae* y es una transcripción casi textual del mismo, pero, curiosamente, contiene algunas variaciones incluso en la acentuación de uno u otro factor, de una u otra corriente de investigación, sin que resulte claro por qué las autoras han introducido esos cambios ni cuál es la versión preferible. Probablemente se resuelva el enigma en la segunda edición de los *Fundamentos*.

El reencuentro con la palabra, Rufino José Cuervo, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1999, 110 pp.

Con este tomo registra el instituto editor sus celebraciones del Día del Idioma (23 de abril) de 1999. En ese mismo día se creó la Fundación Amigos del Instituto Caro y Cuer-

vo, destinada a apoyar los trabajos de la benemérita institución colombiana. Los festejos incluyeron el nombramiento de tres miembros honorarios: el escritor mexicano Carlos Fuentes, el editor español Jesús de Polanco y el filósofo colombiano Danilo Cruz Vélez. También obtuvo póstumamente este nombramiento Misael Pastrana Borrero, que fue presidente del país; su hijo, el actual presidente Andrés Pastrana Arango, concurrió a recibir el diploma y a decir unas palabras de agradecimiento que figuran en el librito aquí reseñado.

Luego de la Presentación del tomo, a cargo de María C. González R., figura el breve discurso que Neyla G. Pardo Abril dedicó, en el marco de dichos festejos, a una importante organización del instituto editor, el «Seminario Andrés Bello: 40 años semillero de sabiduría». Le siguen los discursos de los nuevos miembros honorarios del Instituto Caro y Cuervo: Fuentes habló sobre «El quehacer novelístico como creación de realidad y de lenguaje», pero concluyó apelando al presidente Pastrana y a los políticos en general para que, «ante la confusión y desaparición de las tradicionales jurisdicciones nacionales, regionales, internacionales y supranacionales, los latinoamericanos sepamos crear y mantener la jurisdicción soberana de *comunidades creadas desde abajo*, desde la

familia, desde la escuela, desde el municipio, [...] desde el más grande capital que tenemos en América Latina: nuestro [...] enorme capital humano y social» (subrayado mío de esa frase esencial que debería aplicarse ante todo a las comunidades de nuestros eternos parias indígenas).

Las palabras de Polanco, por su parte, son un breve pero sincero elogio de «El Instituto Caro y Cuervo: monumento de un pueblo a su lengua». Las de Cruz Vélez, a su vez, se centraron con similar brevedad en la figura de «Rufino José Cuervo: primer científico en la historia cultural colombiana». Ignacio Chaves Cuevas, Director del instituto editor, expuso finalmente los méritos de «Tres insignes difusores de la lengua española: don Carlos Fuentes, don Jesús de Polanco y don Danilo Cruz Vélez»; este último es, entre otras cosas, el fundador del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional, desde donde introdujo en Colombia la obra de diversas escuelas del pensamiento europeo; Polanco fundó el diario madrileño *El País* y la organización editorial Grupo Santillana. Chaves concluye sus palabras anunciando la próxima construcción del Panteón Nacional de Colombia, donde se depositarán los restos del gran Cuervo así como también de otras figuras señeras de las ciencias y las letras colombianas.

La última parte del libro, y la más extensa, es una entrevista radial realizada con tres miembros del Instituto Caro y Cuervo (Ediberto Cruz, María C. González y Juan Carlos Vergara) con motivo del Día del Idioma; en ella se pasa revista a múltiples aspectos de la historia de la lengua castellana y de su estudio. La obra contiene también seis fotos de la celebración y de sus principales actores en el momento de hacer uso de la palabra.

La extirpación de la idolatría en el Pirú, Pablo Joseph de Arriaga, *Estudio preliminar y notas de Henrique Urbano*, Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de Las Casas», 1999, cxxxi + 200 pp., 2 mapas.

El jesuita Arriaga es uno de los cronistas de Indias clásicos, de la época en que la ortografía oscilaba todavía entre Perú y Pirú y entre inga (como escribe siempre Arriaga) e inca (por diferencias dialectales del quechua que no han desaparecido). Su *Extirpación de la idolatría* (1621) había disfrutado de ediciones buenas, sobre todo la de la BAE (Madrid 1968). Pero esta edición reciente de Urbano, un clásico contemporáneo de estos estudios, es indudablemente la mejor.

Urbano explica en abundantes notas todo el vocabulario quechua del original; asimismo dota a la obra de cuatro índices alfabéticos y, muy especialmente, de una introducción eruditísima.

El estudio de Urbano es no sólo el de un historiador sino también el de un teólogo. Esto da una profundidad inusual a su exégesis del «proyecto misionero» y de la «misión pedagógica antiidolátrica» jesuita de entonces. Aquella denuncia de la idolatría fue la principal justificación de la presencia española en el Nuevo Mundo. El gran dominico Las Casas, siguiendo a los maestros de la Escuela de Salamanca, no la aceptó como excusa para expoliar a los amerindios. Es sabido que los intereses políticos y económicos predominaron sobre los principios éticos: las Leyes Nuevas de 1542 (impulsadas por Las Casas y firmadas por Carlos V) llegaron demasiado tarde y los abusos continuaron incluso en sus formas más extremas de esclavizamiento.

En materia religiosa las prácticas colonialistas fueron radicales: no se trataba de misionar y convertir; como lo manifiesta clarísimamente el título de Arriaga, los miembros del clero recorrían los pueblos indígenas eliminando simplemente cuanto oliera a idolatría. El problema es que toda la vida de los indígenas estaba compenetrada de religión (como sucede siempre en las